





El color, lejos de situarse dentro de los límites del bastidor, se expande por los muros de la sala, invade el espacio a la vez que lo constituye, se mimetiza con la luz -también amarilla- creando una atmósfera ingravida y enrarecida. Los muebles, en lugar de depositarse sobre el suelo, cuelgan suspendidos de las paredes.

La enorme pared tejida es un ejercicio formal de variaciones de amarillo tomados de la una carta de colores de pintura comercial. El tejido está también presente en dos esculturas de gran formato y en las tramas que, como señala Roberto Amigo: "atraviesan los libros de contabilidad; el debe y el haber como imperativos morales".



Los sweters rescatados de mercados de pulgas, que antes fueron objetos útiles, prendas de vestir cuya función es proporcionar abrigo y que por su forma hueca se ofrecen como espacio para ser “habitado”, a causa de ciertas modificaciones formales perdieron su función real para adquirir una simbólica. El objeto mutó en una cosa hermética y cerrada, la pieza resultante habla, alegóricamente, de un espacio vedado, franqueado por puntadas, al que es imposible acceder físicamente, al que no se sabe cómo entrar y del que no se sabe cómo salir. Un espacio que ya no es espacio.





María José Herrera escribió en su texto para la exhibición *Domingo X027*: “El proyecto moderno, que standardizó espacios y optimizó diseños, también llevó a respuestas colectivas idénticas que, autoritarias condicionaron los comportamientos. Esta es una de las críticas que Marina De Caro plantea en este espacio poético donde lo atectónico, no funcional y disonante ofrecen otra armonía a ser descubierta por el espectador. Así, este espacio modificado desplaza sus coordenadas para generar una ‘situación estética’ de extrañamiento. Como cuando los surrealistas planteaban el paraguas sobre la mesa de disección.”